

CARLO LORENZO ROSSETTI

# El misterio de la historia

*Pequeña catequesis  
sobre el sentido del tiempo  
entre la Pascua de Cristo  
y su Parusía*

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2025

© Biblioteca de Autores Cristianos, 2025  
Manuel Uribe, 4. 28033 Madrid  
[www.bac-editorial.es](http://www.bac-editorial.es)

Depósito legal: M-11374-2025  
ISBN: 978-84-220-2400-2

Preimpresión: BAC  
Impresión: Gráficas Dehon, Torrejón de Ardoz (Madrid)

Impreso en España. Printed in Spain

Imagen de cubierta: Cúpula de la iglesia de San Francisco Javier de París  
Diseño: BAC

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.cedro.org](http://www.cedro.org))

*Dedicado  
con gratitud filial  
al papa Francisco,  
a Kiko Argüello y Carmen Hernández,  
iniciadores del Camino Neocatecumenal,  
y a mis padres, Salvatore y Louise.*

«La sabiduría conoce el pasado  
y el futuro» (Sab 8,8).

«Sabéis discernir el aspecto del cielo  
y no podéis discernir los signos de los tiempos» (Mt 16,3).

«Toda la historia del mundo y de la humanidad  
es la concepción orientada al parto de Cristo»  
(BENEDICTO XVI, *Audiencia general* [9-12-2009]).

«La fe es un bien para todos, es un bien común;  
su luz no luce solo dentro de la Iglesia  
ni sirve únicamente para construir una ciudad eterna en el más allá;  
nos ayuda a edificar nuestras sociedades,  
para que avancen hacia el futuro con esperanza»  
(FRANCISCO, *Lumen fidei*, 51).

## ÍNDICE GENERAL

<i>Presentación</i> , por Javier M. <sup>a</sup> Prades López.....	11
<b>Introducción</b> .....	15
<b>I. Creación e historia</b> .....	21
1. Invitación a unas bodas .....	21
2. Jesucristo, piedra angular de la historia humana ..	25
3. Un mundo «en progreso».....	34
<b>II. La historia como crecimiento del reino</b> .....	59
1. Irradiar la luz: la evangelización.....	59
2. Fermentar la masa: por la «civilización del amor».....	64
3. Hacia la «readmisión» de Israel .....	71
<b>III. La historia como drama: el misterio de la iniquidad</b> .....	83
1. La cizaña en el campo .....	83
2. La apostasía y el Anticristo .....	89
3. «¿Satanás contra Satanás?»: las «dos Bestias» islamismo vs. libertarismo .....	107
<b>IV. Claves para un discernimiento sobre la historia actual</b> .....	111
1. Para una relectura de la historia cristiana .....	111
2. Dos escenarios se abren ante nosotros .....	121
3. «Las cinco arrugas del rostro de la Iglesia»: la reforma que nos espera .....	128
<b>CONCLUSIÓN. Hacia la plena madurez de Cristo</b> .....	137

APÉNDICE 1. <b>La salvación cristiana: filiación, santidad y gloria</b> .....	145
APÉNDICE 2. <b>Hacia la plenitud de la verdad: «Lamek – Moisés – Jesús»</b> .....	146
<i>Selección bibliográfica</i> .....	149

## PRESENTACIÓN

El papa Francisco enseña que «la verdadera esperanza cristiana, que busca el reino escatológico, siempre genera historia» (*Evangelii gaudium*, 181). Este pequeño libro de Carlo Rossetti ayuda a comprender la indicación pontificia, en el espíritu de la invocación final de la Escritura: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20).

El tema tratado tiene una importancia decisiva. Se trata del sentido de la historia humana. Nuestra fe está estructuralmente marcada por la dimensión histórica. Desde el principio, los cristianos comprendieron que la revelación divina estaba inserta en el tiempo. En la «plenitud de los tiempos» (Gal 4,4), Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, Jesucristo, que sufriría «bajo Poncio Pilato», como profesa el Credo. Precisamente «ese Jesús» traspasado y humillado en su carne es el que el Padre resucita en el poder del Espíritu (cf. Rom 1,3-4). Encarnación, Pascua y Pentecostés abren a la Parusía final como punto Omega del devenir de la historia.

En el presente, los fieles cristianos, junto con toda la creación, aguardamos «la dicha que esperamos y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo» (Tit 2,13). Estas palabras nos dicen que la espera es esencial para la vida de la Iglesia, cuyo tiempo se extiende desde la Pascua de Cristo hasta su Parusía. La vida cristiana se transforma así en un «santo anhelo»<sup>1</sup>. La historia de la Iglesia refleja en cierto modo esa vida terrena de Cristo. Vemos

<sup>1</sup> SAN AGUSTÍN, *In ep. Ioann.*, hom. 4, 6, en *Obras completas*, XVIII (BAC, Madrid 2003) 572.

cómo el *Catecismo* enseña que la Iglesia no se orienta a un destino de gloria terrena, sino «a la victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal» (n. 677).

Más allá de cualquier interpretación catastrofista, los cristianos son invitados por Jesús a leer los «signos de los tiempos» (Mt 16,3). Esta invitación, repetida por los padres del Concilio Vaticano II<sup>2</sup>, ha sido recogida por Rossetti para intentar penetrar en el misterio de la existencia histórica de la Iglesia. El libro ayuda a comprender fenómenos como el «cristianismo» y la «modernidad» en el contexto del drama de la historia cristiana. A la luz de la Escritura y de la tradición, especialmente del Concilio Vaticano II, el libro resume la teología católica de la historia con tres adjetivos: cristocéntrica, dramática y positiva. La dimensión «cristológica» expresa el papel central y definitivo, del acontecimiento de Cristo, revelador de Dios y del hombre, del sentido de la vida y de la esperanza más alta (cf. GS 10, 22, 38, 41, 45). La historia es «dramática» porque refleja el pecado humano y la alternancia entre progreso y retroceso moral. Pero también es «dramática» en el sentido más radical de una interpenetración entre el reino y el mundo y de un entrelazamiento entre el compromiso con el mundo y la espera escatológica (cf. GS 9, 38-39). Por último, el carácter «positivo» del devenir histórico depende del hecho de que todo el tiempo cristiano tiende a la edificación «del cuerpo de Cristo; hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud» (Ef 4,12-13).

A este respecto, el autor concede su valor a la noción de «progreso». Este término —que prefiere al más habitual de «desarrollo»— aparece con fuerza en los textos conciliares y en el magisterio pontificio: *Populorum progressio* (1967), *Sollicitudo rei socialis* (1987), *Caritas in veritate* (2009) y

<sup>2</sup> Cf. *Gaudium et spes*, 4 [en adelante GS].

---

*Fratelli tutti* (2020). El «progreso» (entendido como crecimiento de todo el hombre y de todos los hombres), supone la precedencia de la acción divina y la consiguiente respuesta del hombre. El designio de Dios, manifestado definitivamente en la Pascua de Cristo y en el don de su Espíritu, orienta el conjunto de los asuntos humanos en una dirección positiva, aunque este progreso no se identifique con el reino de Dios (cf. GS 34b; 37c; 38). La esperanza escatológica, anclada en la Parusía de Cristo, impulsa el anhelo de una «civilización del amor» en el tiempo de la historia. Se trata pues de una síntesis de la «doctrina social» entendida como un humanismo que tiene en su centro el respeto y el servicio a la dignidad humana (cf. GS I), y es capaz de promover la vida y la familia, la cultura, la justicia y la paz en el horizonte de la fraternidad humana (cf. GS II).

Rossetti no nos propone un tratado académico de teología, sino una «pequeña catequesis», es decir, una enseñanza accesible a todos, basada en la fe de la Iglesia. Su objetivo es ayudar a los fieles a afrontar la cuestión del sentido teológico de la historia. Ojalá contribuya a alimentar la esperanza en el cumplimiento de nuestra tarea durante el tiempo que el misterio nos concede vivir.

JAVIER M.<sup>a</sup> PRADES LÓPEZ  
Universidad Eclesiástica San Dámaso (Madrid)

## INTRODUCCIÓN

*Todo está orientado a la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la plena madurez de Cristo*  
(Ef 4,12-13).

Este breve escrito no es una obra teológica en sentido estricto: no se trata de un tratado científico de teología de la historia orientado a los estudiosos. Como reza el subtítulo, es una «catequesis», una enseñanza simple y accesible a todos, fundada sobre la Biblia y la Tradición de la Iglesia. Su propósito es ayudar a los fieles a responder a esta pregunta: «¿Qué sentido tiene el prolongarse de la historia? ¿Cómo entender el perdurar, a menudo dramático, de la existencia humana después de la venida en la historia de aquel que llamamos el Salvador?».

Intentaré responder a este gran interrogante sirviéndome casi únicamente de la Sagrada Escritura, pero teniendo también como horizonte la reflexión de pensadores y teólogos a los cuales me remito sin dilación en la bibliografía.

A la luz del Magisterio de la Iglesia, y singularmente del Concilio Vaticano II (y en particular de la constitución pastoral *Gaudium et spes* de 1965 [GS]) las coordenadas mayores de una visión católica de la historia se podrían resumir utilizando tres adjetivos: *cristocéntrica*, *dramática* y *positiva*. Estos son los tres ejes a los que nos referiremos constantemente en el texto que sigue y que esbozo desde ahora de manera sintética.

Para un cristiano, la historia humana no es una realidad abandonada al azar y al caos de las vicisitudes humanas; tiene un eje, un centro y una orientación: Cristo (cf. GS 10; 22; 38; 41; 45).

La dimensión *crisológica* está bien expresada en este párrafo que merece ser citado por extenso:

El Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, hecho Él mismo carne y habitando en la tierra, entró como hombre perfecto en la historia del mundo, asumiéndola y recapitulándola en sí mismo. Él es quien nos revela que Dios es amor (1 Jn 4,8), a la vez que nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana es el mandamiento nuevo del amor. Así, pues, a los que creen en la caridad divina les da la certeza de que abrir a todos los hombres los caminos del amor y esforzarse por instaurar la fraternidad universal no son cosas inútiles. Al mismo tiempo advierte que esta caridad no hay que buscarla únicamente en los acontecimientos importantes, sino, ante todo, en la vida ordinaria. Él, sufriendo la muerte por todos nosotros, pecadores, nos enseña con su ejemplo a llevar la cruz que la carne y el mundo echan sobre los hombros de los que buscan la paz y la justicia. Constituido Señor por su resurrección, Cristo, al que le ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, obra ya por la virtud de su Espíritu en el corazón del hombre (GS 38).

Por otra parte, la historia es *dramática* porque tiene en cuenta los límites y los condicionamientos del hombre marcado por una libertad falible, tentada por el maligno y herida por el pecado (cf. GS 13; 18; 22; 37). Es el campo «dramático» de la compenetración entre la Iglesia y el mundo, de la alternativa entre el progreso y la regresión moral y del entrelazamiento entre el compromiso con el mundo y la espera escatológica (GS 9; 38-39). Una gran adquisición del Vaticano II ha sido justamente la reflexión sobre la relación entre la actividad en este mundo y la esperanza escatológica siguiendo la lógica

típicamente cristiana de la *alianza* entre lo divino y lo humano. Así, la relación entre compromiso secular y anhelo del Cielo es resuelta sin la menor contraposición, entendiéndose más bien como una reciprocidad constitutiva (se podría decir «pericoreisis») entre ambos elementos: cuanto más creo en el «más allá», tanto más obro en el «más acá». El fundamento de esto es obviamente cristológico y pneumatológico, ya que se trata de la encarnación del Hijo de Dios y de la acción del Espíritu y de su gracia en el interior de la historia (cf. GS 21; 34; 39; 43; 57).

Por último, la teología de la historia debe ser *positiva* y no puede ceder al pesimismo. Como veremos, hay una notable apertura a una sana noción de «progreso», que será retomada sobre todo por Pablo VI en *Populorum progressio* (1967) y por Benedicto XVI en *Caritas in veritate* (2009). Este aspecto, en conexión con el primer punto, depende de un dato teológico y antropológico: existe un plan providencial de Dios (*consilium Dei*) sobre la historia, que está actuando y que conduce a un resultado positivo de toda la experiencia humana. Aunque tal progreso no es automático ni determinista, sino siempre sujeto a ilusiones falaces, ni se identifica con el reino de Dios, es necesario confiar en la redención obrada por Cristo (cf. GS 34b; 37c; 38). El dato antropológico se encuentra en la positividad de la creación, especialmente del hombre, que lleva en sí la vocación a la filiación divina. Ello conlleva que las aspiraciones más profundas del hombre están finalmente orientadas al bien y al progreso de la humanidad en sentido cristiano y evangélico (GS 21g). Se propone, pues, un verdadero progreso entendido como un *nuevo humanismo* que ponga en el centro la dignidad de la *persona* y de sus derechos (cf. GS 12; 23; 41), haga del servicio al hombre el criterio del verdadero desarrollo (cf. GS 64) y sea capaz de promover la *familia*, la *cultura*, la *justicia* sociopolítica y la *paz* en toda la familia humana (cf. GS II, 1-5). La

Iglesia desea cooperar con el nuevo humanismo en el marco de una ética de la responsabilidad en el nuevo período histórico marcado por la «unificación del mundo» que «nos impone la tarea de edificar un mundo mejor en la verdad y en la justicia. De esta manera somos testigos de que está naciendo un nuevo humanismo, en el que el hombre queda definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia» (GS 54-55).

Dados estos principios orientativos, procederé como sigue: en un primer momento (capítulo I) indicaré el «contexto» de la historia, es decir, pondré de manifiesto cómo la historia y la creación son concebidas y entendidas juntas, desde una perspectiva dinámica de gradualidad y de progreso. La historia no es sino el culmen de la creación y su finalidad corresponde al porqué más profundo de la creación. La segunda sección de este primer capítulo es decisiva, ya que en ella se muestra aquello que constituye el «giro decisivo» de la historia, el acontecimiento de Cristo. Volveremos a explicar, una vez más, por qué Jesús es verdaderamente el centro de la historia y el inicio de una nueva era que se prolonga hasta el «fin de los tiempos». Llegaremos así al centro de la cuestión: ¿cómo interpretar el *entretanto*, es decir, el tiempo intermedio ente la resurrección de Cristo y su Parusía? Desde ahora podemos afirmar que la respuesta a tal pregunta se puede resumir en esta frase: la historia cristiana tiene como objetivo *revelar la plena verdad de Cristo*. Tal revelación implica el sacar a la luz todas las potencialidades intrínsecas de la salvación traída por Jesucristo. De esto tratará el capítulo II, dedicado a la evangelización y a la búsqueda de una «civilización del amor», ambas orientadas también a la plena adhesión de Israel a Jesús como Mesías.

Pero la historia es también el tiempo de la «paciencia de Dios», que quiere que todos se salven y «lleguen a la conversión» (2 Pe 3,9), y del desvelamiento del rechazo de la salva-

ción. Por ello, en el capítulo III abordaremos algunos temas espinosos como son la apostasía y el Anticristo.

Tras haber propuesto el progreso histórico como la difusión cada vez más universal de la Victoria del amor de Cristo y como la dramática y real oposición a este designio de luz, propondré, por último, una síntesis para llegar a alcanzar un discernimiento también sobre nuestro presente.

Pido al Señor que este trabajo pueda ayudar a nutrir la esperanza y a hacernos solícitos en el cumplimiento de nuestra labor personal e irrepetible en el tiempo que nos ha sido dado.